



Celedonia se desesperaba insistiendo en su derecho a sostener que lo ignoraba manteniéndose firme en su inquebrantable decisión (tan peculiar y tan difícil de imitar) de repetir hasta la saciedad que le había costado un trabajo tremendo aprender a devanarse los sesos entre clase y clase y en el recreo, cavilando mientras buscaba el abrelatas – con la cabeza siempre en otra parte en el cajón de las cucharas pero el maldito abrelatas no aparecía – acostumbrada, después de tanto esfuerzo, a no encontrar una razón que esgrimir ante el impaciente hocico de Lisístrates para justificar el no estar dando con él cuando sabía por experiencia adquirida a base de largas noches de estudio que estaría ahí, como siempre, delante mismo de sus narices; y tratando de hacer comprender a aquel hatajo de desalmados que no sólo entre clase y clase y en el recreo, como otras, sino también en el cine los sábados por la tarde mientras contemplaba, desasosegada, cómo los leones hambrientos devoraban¹ – salvo en el caso que se daba con frecuencia, y era un alivio, de que los hechos tuviesen lugar en Nueva York o en el Chicago de los tiempos de la ley seca² – cristianos tercos empeñados en no renegar de una fe que... Celedonia no podía entender.

–Ah, ¿no? — la hermana.

Pero a la hermana, lo sabía también por experiencia, no se le podía hacer mucho caso porque tenía esa costumbre, desde siempre...

¿Cuál: la de entender la abnegación y el sacrificio; acaso?

Pero eso no le servía a Celedonia ni siquiera para ser pensado; la conocía desde que tuvieran uso de razón y pintarla — bueno, digamos se dijo que pudiera estar siendo una metáfora porque Celedonia reconocía sin el menor sonrojo su absoluta incapacidad para las artes plásticas — como la persona altruista, generosa, abnegada, sacrificada que... ¡anda, mira el abrelatas, so tonta, dónde estaba! no era...

– ¡Lisístrates!

¿Es que hoy todo, todo ser vivo y todo objeto inanimado, toda su poca o mucha destreza para desenvolverse en su propio mundo, su Creación, se iba a confabular para darle a ella esquinazo?

¹ Y que en este caso, valiese por una vez la redundancia, no era el caso porque Lisístrates era más bien tirando a lo que se suele llamar un poquito melindres.

² Por la década de los 60, del siglo XX, los cines (a excepción de los de estreno de la Gran Vía) daban programa doble; una película del Oeste o de romanos y otra de amor, o de suspense, o de gánsteres.

Y terminaba por condescender, entre entristecida e irritada, rezongando “cuándo aprenderás a definirte, a saber elegir, de una maldita vez” y por comprender que por muy duro que le resultase tendría que retroceder y, tras escudriñar en lo más profundo y oscuro de sus orígenes, empezar de nuevo pero considerando, esta vez y ante la evidencia de lo infructuoso de su primer intento, la posibilidad de seguir insistiendo, sí, en su derecho, también, a sostener que lo ignoraba, por supuesto, pero prestando atención a mantenerse no tan firme sino nada más en un equilibrio que no tendría por qué una vez logrado — se decía, porque sufría de tarde en tarde Celedonia accesos de optimismo — representar un obstáculo que le fuese a “¡a ti, Celedonia, por Dios; que no se diga!” impedir desesperarse, naturalmente, pero de una forma que la hermana, que nunca creyó en ella ni en sus habilidades, no hubiese imaginado jamás.